

Ella



Ane H. Gracianteparaluceta



CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES

PARA JÓVENES de 14 a 25 AÑOS

PRÓLOGO

La literatura es, como pocas otras cosas, una vocación. Casi siempre nos acompaña desde niños, y adopta formas distintas: la etapa de la lectura voraz pasa a la de escribir por imitación, a adquirir una voz propia... quien escribe se construye al mismo tiempo que construye una historia. Es un privilegio y una alegría presenciar algunos de esos pasos en estos relatos; ojalá el tiempo nos traiga unos autores maduros, con una mirada única, con la invencible fuerza que una vocación exige y otorga. Mucha suerte y enhorabuena.

Espido Freire

Ella

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. Año 2017

Diseño y maquetación: Sinbait creaciones

Imprenta: Gráficas Ulzama



Ane H. Gracianteparaluceta, 19 años

Ella era diferente. Siempre lo fue. Tenía la estúpida tendencia de saborear el ahora y, por ello, cada movimiento del puntero la ponía nerviosa. Odiaba los relojes que le quitaban segundos de vida con su caprichoso— y tedioso— juego circular.

Y es que ella tenía un plan. Ahora lo veo claro. Según iba creciendo, fue obsesionándose con querer convertir su cuerpo en lienzo. De esta forma, la tinta comenzó a correr por el descampado que era su piel. Toda la familia estaba horrorizada con tal deplorable actitud, derrochando dinero por una moda pasajera. Todos la criticaban, no había lugar en que no se dispusiera a comentarla, analizarla. Yo misma lo hacía.



Infancia

El colegio no fue de su agrado, carecía de la tontería propia de los niños. Ella resultaba distinta y no encajaba. Deseaba jugar al fútbol pero sus compañeros la discriminaban. Sus compañeras, por su parte, poseían la habilidad de aburrirla soberanamente. Aborrecía su necesidad de hablar de chicos o criticar sin tregua. Ella solo deseaba sentirse arropada por la aceptación de aquellos críos. Esta situación la perseguiría durante toda la Secundaria.

Se hizo miembro de muy diversas corrientes donde no encontró su lugar: probó en grupos góticos, círculos roqueros, deportistas, fiesteros. Todos ellos llevaban inherente un estricto reglamento interno donde sus principios resultaban inviolables: si se era gótico los demás colores quedaban apartados; roqueros, las demás corrientes musicales y así en cada caso. Y ella, ante todo, era muy suya, demasiado independiente para seguir unas directrices que no compartía, que la hacían sentirse extrajera bajo su propia piel.



Adolescencia

Dejó de querer aparentar. Se tiñó el pelo de gris, del color de luna, tinta negra navegando por la blancura de su piel. El contraste resultaba fascinante. Cambió su vestimenta, saboreando el poder que se obtiene con ropas quizá demasiado ajustadas, quizá algo provocadoras. Sin embargo, ella se veía hermosa, coqueta, atrevida. Le gustaba hacer suspirar con el movimiento de sus caderas, los tacones resonando sobre el último año de instituto. Mi hermana, tan suya, tan de ella, evolucionó hasta que el capucho donde vivía no pudo retenerle más las alas. Y ella voló. Y tanto que lo hizo, aunque nunca olvidaría de donde venía.

Siempre tuvo dos facetas contrapuestas: de cara al público resultaba jovial y despreocupada. En casa, por el contrario, era muy reservada. Su cuarto se asemejaba a un castillo inexpugnable donde, leyendo o haciendo crucigramas, pasaba largas tardes de invierno. Metódicamente solía sentarse en la cama, boli en mano, llevando su obsesión por este último juego hasta el mismo límite. Resultaba curioso porque daba igual cuán importante fuera lo que deseábamos decirle, ella simplemente seguía enfrascada en su solitaria rutina. Padecía problemas de atención cada vez más elevados, aunque lo confundiésemos con mera indiferencia. Las señales siempre estuvieron ahí. No las vimos.

Recuerdo bien el primer tatuaje que quedó anclado a su piel. Era un lobo mostrando sus dientes, amenazando con abalanzarse sobre su presa. Ocupando su antebrazo derecho, consiguió despertar un torbellino de críticas que ella utilizó

para hacerse más fuerte. En aquella época, un esbozo así suponía una falta de gusto que rozaba lo cómico, pero era porque solo observábamos lo superficial y no lo que la empujó a hacérselo. Ella, a pesar de ser alegre, siempre tuvo sus propios demonios vagando por su ser, fruto del rechazo que sufrió en la infancia. Siempre se le achacó no alzar la voz, no imponerse. En su interior carecía de la maldad que muchos necesitan para ser alguien en esta vida. Ello la hacía verse impotente. Por eso se dibujó un ser tan fiero: para empujarse a sí misma a aquella valentía y orgullo del que carecía.

Una tarde poco relevante, ella mencionó el dolor —y el orgullo— que le supuso el tatuaje que ahora decora su costilla. Dos tazas de café, brindando.

Algo que siempre me llamó la atención de ella fue la cantidad de personas que dejó cruzar en su camino. Todo el mundo avanzaba por los carriles de los que estaba compuesta su vida pero ella, tan ingenua, siempre invitó a que se parasen en su estación. Por eso digo que era algo fascinante. Porque a pesar de toda la gente que consiguió herirla, ella jamás se cerraría. Muchos años tuvo ya de eso. Mi hermana tenía, además, la costumbre de compartir un humeante café con aquellos que quisieran seguirla. En este ambiente, ella se sentía a gusto. Escuchó, debatió e, incluso, consiguió abrirse algo por dentro en aquellas conversaciones «cafeinadas».

Ella, por mucho que no se supiera fuera de casa, tenía un alma de poeta enjaulado entre las costillas, peligrosamente cerca del corazón. Podía olvidarse del día y de la noche, de citas, trabajos a entregar, podía olvidarse de nosotros,

pero nunca de la poesía. Era su mejor y peor vicio, pues provocaba horribles contrastes en su personalidad ya de por sí inestable. Aun así, entre las líneas de los versos se sentía en casa, un hogar edificado con rimas consonantes y asonantes, caprichosos recursos literarios que la hacían sentirse poseída por la magia de las palabras. Odiaría sonar cursi intentando explicar, sencillamente, la gran devoción que ella tenía por este arte. Y como no, volvió su piel en Antología. Debajo de un pecho su piel rezaba: “Porque por ti soy tú, y seré por ti sólo lo que fuiste y serás para siempre en el tiempo”, una confesión amorosa de Rafael Alberti hacia la poesía. Algo más abajo, en la parte superior de su muslo podía encontrarse un “Llévame a donde el vértigo con la razón me arranque la memoria”. Ojalá nunca se hubiese tatuado este último, parecía cómo si el destino se estuviese riendo de ella. De cómo iría apagando su memoria.



Juventud

A pesar de todas las ofensas que recibió, su plan seguía en marcha, como un cohete que no busca regresar jamás.

Algunos meses después, conocí al que resultaría el primer chico por el que perdería la cabeza. Ya se trataron años atrás, cuando, intentando conocerse a sí misma, experimentó el mundo del Rock. Ahora el destino los volvía a unir. Era claramente apuesto, con los pantalones y chaqueta de cuero, acentuando su fibrosa constitución. Su carácter fuerte y seguro, la atrajo como un imán. Ella sólo tenía ojos para él. Y muchas lunas lo estuvo adorando, como Dios que creía que era. Salían a bailar con el vinilo girando sobre sus movimientos, caricias cuando la luz se atenuaba. Había algo en aquel hombre que suscitaba desconfianza. La intentamos advertir, pero fue inútil. La intensidad con la que amaba a aquel hombre supuso la indiferencia más atroz hacia los demás. Era una relación tóxica, donde él hablaba y ella obedecía con docilidad. Aquellas amistades, que tanto valoraba, se le escaparon de entre las manos.

Ahora mismo, desde donde estoy sentada, la observo. Ya no sabe lo que simboliza el disco de vinilo que reluce en su cuello, girado, casi como si estuviese en movimiento. Ese tatuaje marcó el primer amor, el último. Ya nada sabemos de él, simplemente huyó, cobarde, cuando ella comenzó a debilitarse. La realidad dejó agonizando unas cuantas promesas adolescentes que poco duraron en morir.

Aquella Nochebuena, estaba deslumbrante con aquel vestido de lentejuelas dorado, corto, con unos tacones que le hacían

parecer rascacielos. Más éste resultó de lo más polémico. Nuestro tío, fraile de profesión, alegaba la necesidad de recuperar los principios cristianos, apuntillando como ejemplo, lo poco ortodoxo que resultaba el vestido de su sobrina. Mi hermana, que siempre resultó muy prudente con los temas controvertidos, contraatacó. Jamás le había visto un cambio de humor tan drástico y, me temo que esta inestabilidad iría poseyéndola poco a poco. Ella nunca olvidó las palabras de nuestro tío, aquellas que le llevaron a dibujarse un bandada de pájaros sobrevolando su clavícula, símbolo de la libertad femenina que, según ella, algún día lograríamos como colectivo.

Lloraba y gritaba desconsoladamente. Yo temía lo peor pues las discusiones familiares nunca terminaban bien si ella estaba presente. Quizá se escaparía y perderíamos su rastro. No sería la primera vez. Fue cuando fuera ya oscurecía que, estrepitosamente, entró a casa. Sonreía abiertamente y se le notaba cansada, los contrastes en su actitud no dejaban de sorprendernos. Fue entonces cuando se acarició la parte alta de su espalda. Me esperaba lo peor. Arrojó la blusa y se giró sobre ella misma. Mi boca se abrió instintivamente, soltando una exclamación que alertó a mis padres. Me acerqué. Allí estaba todo, cada objeto hablando sobre nuestra familia: la película favorita que mamá y ella vieron cientos de veces acurrucadas en el sofá; los sellos que con tanto ahínco coleccionaba papá y que, innumerables veces, estuvieron en las manos de ella cuando fue su ayudante. Por mi parte, vislumbré un columpio de cuerda algo roído. Un flashback me lleva hasta la casa del pueblo, donde poseíamos uno.

Por un instante, el olor de los campos de trigo amarillentos me inunda los sentidos y, ahora, y solo ahora, entiendo porqué se tatuaba todo aquello. Mis padres quedaron perplejos. Jamás se hubieran imaginado que, después de haberse alejado como lo hicieron, su piel quisiera esbozarlos a ellos también. La abrazaron con ternura, rechazando las reprimendas, los prejuicios, palabras hirientes. Nada, tan solo había cariño. Aquello me conmovió y, definitivamente, me hizo sentirme orgullosa del lugar donde había crecido. Pero aquella paz duró poco.

Vida adulta

Llegó un momento dónde ya no hallábamos excusas para la situación de mi hermana. Aquello que empezó como unas palabras tartamudas y pensamientos inconexos evolucionó a silencios cada vez más prolongados. Ella que siempre comentaba, charlaba. Sus movimientos, al igual que las palabras, fueron entorpecidiéndose, de trompicones que suscitaban las risas, a verdaderas caídas solo con levantarse de una silla. Su cuerpo la estaba traicionando. La vida de mi hermana se consumió ante mis propios ojos y ni mis palabras ni mis gestos pudieron sacarla de aquel final. Siempre me equivoqué con ella. Tanto crucigrama y tanto trazo en su piel tenían que esconder un significado. Ahora lo sé. Ella se tatuaba recuerdos, vivencias, todo lo que el odioso reloj le otorgaba a cada avance. Deseaba contar su historia mediante su cuerpo, su piel. Pero nadie la quiso escuchar. Hoy por hoy, me digo a mi misma que ella tenía que saber de su enfermedad, que la predijo mucho antes de que la Ciencia la aclamase. Cuando ya nada quedara en su memoria, quizá

podiera recordar los instantes que la volvieron quién era con solo mirarse al espejo. La primera que se asomó al abismo fue ella y, en vez de sentarse en el extremo a esperar su final, ella aprendió a bailar en el borde. Quería luchar contra el fondo del abismo. Más tarde supimos que, una enfermedad como el Alzheimer, va segmentándose durante años en el cerebro.

Recuerdo que, después de ser diagnosticada, cuando mis padres y yo caminábamos cabizbajos, ella se me acercó con una sonrisa ingenua y me susurró: no duele. Yo dudaba de la veracidad de sus palabras. De hecho, más adelante, pude comprobar que, aunque desde fuera parecía calmada, solo había que mirarla a los ojos con algo de detalle para ver su agonía. Éramos desconocidos para ella y la desconfianza se servía en plato frío para todos aquellos que la habíamos querido con todo nuestro ser. Ella se sentía sola y perdida en un entorno donde extraños le cogían de la mano, le decían que la querían, le bañaban cuando ella ya ni siquiera podía moverse. Hoy por hoy, quiero creer que cuando la abrazaba, todavía sentía las tardes en la casa del pueblo, en aquel columpio roído con el olor a la hierba amarillenta rodeándonos. Vi poco a poco cómo se perdía en ella. Todavía me duele el pecho al recordar lo que fue y ya nunca será.

Ella era diferente. Siempre lo fue. Tenía la estúpida tendencia de saborear el ahora y, por ello, cada movimiento del puntero la ponía nerviosa. Odiaba los relojes que le quitaban segundos de vida con su caprichoso- y tedioso- juego circular.

Y es que, ella tenía un plan. Ahora lo veo claro.

Ane H. Gracianteparaluceta

